

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Febrero de 1935

Núm. 116

Puntos de vista

El Drama de la Juventud

Es Mauriac el que alguna vez ha dicho que él pertenece a una generación sin maestros. Entre escolares y universitarios vacilantes, y entre escritores sin orientación alguna, discurrió gran parte de la vida del novelista. Pero, si en Europa es posible que un escritor confiese este desgarrón íntimo y doloroso, ¿cómo empezar la requisitoria en estas tierras de la incertidumbre y de la vacilación? Falta el héroe. Más que el héroe, el conductor de la juventud. No pretendamos cargar a la cuenta de la juventud un pecado que las generaciones todas llevan en su sangre. Fueron sordas al clamor de los que comenzaban a penetrar en el trágico sentido de la realidad. Una realidad sin guías, sin conductores, es la peor calamidad que puede sobrevenirle a una generación. Y la generación actual en nuestro país, lamenta, en su conciencia, la inexistencia del héroe. Decimos el héroe, porque en ese conductor debe darse la voluntad aliada al sacrificio, sobre una mentalidad invulnerable, capaz de iluminar el camino futuro.

El drama de nuestra juventud es el de la soledad en el descampado ideológico y político. Si la juventud se acerca a un caudillo, vuelve de pronto la espalda, porque ese leader es inferior a la realidad nacional. El escepticismo grávido y triste, condensado en un materialismo disolvente, proviene de esta evidencia total de la decrepitud del político. Han transcurrido años de indecisión y de dra-

maticidad. Pero han transcurrido, hasta hoy, en vano. De la violencia y del desorden, del impulso generoso para ver de hallar hombres fundamentales, no ha brotado sino con más fuerza, la negación y el pesimismo. La negación es la vuelta continua en torno a lo imposible de encontrar o sea el viaje alrededor de hombres deshuesados. Dejar huérfana una generación entera es, quizá, la tragedia más honda que puede hallarse, en estas tierras, en que toda injusticia prende como la llama en el pajonal reseco. Todos los atributos fervorosos de que se supone hecha la juventud: el desinterés, el optimismo, la energía para el sacrificio, la voluntad de afirmación, la disciplina, la generosidad, han sido desvirtuados o desequilibrados por la acción política subalterna, por la intriga bizantina, por la efervescencia de pasiones de ínfima cuantía, para el sensualismo, por la ausencia de conductores que superaran con sus actos y con su moral, la línea misma de la realidad. El sonambulismo de que se acusa a la generación joven, su indiferencia por los problemas que plantea la lucha por la vida, su negación desenfrenada de todo ideal, el desdén para los actos superiores, el no querer intervenir en ninguna acción, el dejar hacer, ¿no son, en su esencia, desorientación, falta de jefes o conductores que infundan vitalidad y heroísmo?

La inconexión espiritual de la juventud deriva de esta confusión y de este conformismo mental en que también se han inmobilizado los maestros. Y por lo mismo que la realidad propia se negaba a crear grandes figuras, las han ido a buscar a otros países para seguir la huella de su proceso. De esta suerte, América, cuyas realidades no han sido estudiadas ni por conductores ni por intelectuales, ha visto surgir en su seno escuelas políticas y sociales, que nada tenían que ver con su esencia íntima. El barbarismo asiático y los fascismos monótonos de Europa, han encontrado en estas tierras cálidas y efervescentes, seguidores incondicionales, ayunos de fe, simios desprovistos de originalidad y vigor para penetrar en su propia tierra, para ver manera de remediar sus males ancestrales.

El segundón político o el mayordomo intelectual han usufructuado de todas las prerrogativas. Eran los amos de una realidad social que sólo interesaba por la rendición inmediata. El destino de la juventud, por de pronto, es el de oscilar, muerto de sed entre una naturaleza opulenta que pide ser comprendida, y el hombre desorientado que busca empeñosamente su camino, en la soledad de su propio abandono.

Todas las tiranías han encontrado eco en América, justamente porque las tiranías han obrado engañando a la juventud con la mentira del dinamismo deportivo o la acción ilusoria. Cada tiranía ha comenzado por ensayar una justicia implacable sobre los clanes aristocráticos, primero, para acabar más tarde rindiéndose a los pies de esos clanes en detrimento de las clases desposeídas.

La intelectualidad se ha inmovilizado en estetismos estériles, en posturas de narcisos, buscando en una fraseología híbrida, en un retoricismo europeizante, la respuesta a problemas hondos, que son esencialmente simples. Políticamente, nadie ha sabido crear o reconstruir el mito heróico, o esa capacidad de emoción que es fundamental para conmover la juventud. Intelectualmente, ningún orientador ha dado respuesta a las sordas inquietudes que trabajan el alma de la juventud y la han dejado deambular, caótica, y dispersada, por todas las sendas que la novedad sin examen abre frente a sus espíritus ávidos de creer o de luchar. La consecuencia se palpa en el materialismo anarquizante que domina, en el encogimiento de hombros que se ve por todas partes, en la ausencia de ideales, en la entrega total al placer y al goce, en el olvido de las grandes tradiciones, en el desprecio por el trabajo espiritual y en esa disolución del concepto de jerarquía, que es el signo inconfundible de la carencia de grandes figuras orientadoras.

La vida transcurre entre intrigas de grupos políticos, sin doctrina, entre desplazamientos de hombres primarios que se destruyen por pequeñas canonjías. Las empresas de idealismo que arrastran como en una oleada a las masas necesitadas de fe, no se encuentran ni se advierten. A nadie le interesa el espectáculo de las dis-

putas menores, a las cuales se subordina todo ideal y toda alegría creadora.

El drama de esta juventud promueve en América largas y angustiosas interrogaciones. En cada país los problemas se diseñan con la misma fuerza, diferenciados únicamente por la decoración externa, que hace a unos más pintorescos que a otros, o más brutales o más indiferentes y monótonos.